


# Más allá de las fosas comunes: una etnografía en/desde el laboratorio de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH)<sup>1</sup>


**Paula Sánchez-Carrera**

Instituto de Ciencias del Patrimonio, INCIPIT  
Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC  
Universidade da Coruña (UDC) ✉ 

**Carlos Diz**

Universidade da Coruña (UDC) ✉ 

**Iñigo Sánchez-Fuarros**

Instituto de Ciencias del Patrimonio, INCIPIT  
Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/raso.102024>

Recibido: 9 de abril de 2025 • Aceptado: 19 de febrero de 2026

**Resumen:** Este artículo contribuye al estudio del movimiento memorialista español a partir de la etnografía del laboratorio de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH). Más allá de las fosas comunes, la lucha por la memoria se sostiene en espacios invisibilizados como éste. Nuestro trabajo de campo presta atención a su vida cotidiana, colaborando con personal científico, activistas, voluntarias y miembros de la asociación que trabajan en/desde el laboratorio. Participando en la búsqueda documental y rastreando las fases de reconstrucción de un caso, nos moveremos etnográficamente del papel a la tierra y más allá, siguiendo los rastros de archivos, bibliotecas, nombres, huesos y memorias. Nuestro trabajo revela cómo el laboratorio de la ARMH funciona como una infraestructura social, esto es, como un espacio relacional que, luchando contra el olvido, busca dignificar a las víctimas y reforzar la cultura democrática de nuestra sociedad.

**Palabras clave:** memoria histórica; Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica; infraestructura social; etnografía de laboratorio; estudios de ciencia, tecnología y sociedad.

## **[ENGL] Beyond the mass graves: an ethnography in/from the laboratory of the Association for the Recovery of Historical Memory (ARMH)**

**Abstract:** This paper contributes to the study of the Spanish memorial movement based on the ethnography of the laboratory of the Association for the Recovery of Historical Memory (ARMH). Beyond mass graves, the struggle for memory is sustained in invisible spaces such as this one. Our fieldwork pays attention to its daily life, collaborating with scientific staff, activists, volunteers and members of the association who work in/from the laboratory. Engaging in documentary research and tracing the reconstruction phases of a case, we will move ethnographically from paper to earth and beyond, following the traces of archives, libraries, names, bones and memories. Our work reveals how the laboratory functions as a social infrastructure, a relational space that, by fighting against oblivion, seeks to dignify the victims and reinforce the democratic culture of our society.

**Keywords:** historical memory; Association for the Recovery of Historical Memory (ARMH); social infrastructure; laboratory ethnography; science and technology studies

**Sumario:** 1. Introducción. 2. El laboratorio como campo de indagación antropológica. 3. Nota metodológica. 4. Sostener y ser sostenido: fragilidad e in/visibilidad en la lucha por la memoria. 5. Archivo y laboratorio: del papel a la tierra y más allá. 6. Conclusiones: el laboratorio como infraestructura social.

<sup>1</sup> Este artículo ha sido elaborado en el marco de un contrato predoctoral FPI (PRE2021-100173) vinculado al proyecto de investigación "HabitPAT. Los cuidados del patrimonio" (PID2020-118696RB-I00) financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y la Agencia Estatal de investigación (MCIN/AEI/10.13039/501100011033)

**Cómo citar:** Sánchez-Carrera, P., Diz, C. y Sánchez-Fuarros, I. (2026). Más allá de las fosas comunes: una etnografía en/desde el laboratorio de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH). *Revista de Antropología Social* 35(1), 73-87. <https://dx.doi.org/10.5209/ra.102024>

## 1. Introducción

El laboratorio de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH) se encuentra en un edificio del campus universitario de Ponferrada, perteneciente a la Universidad de León, donde comparte espacio con otros grupos de investigación y actividades académicas. Se trata de un edificio impersonal de ladrillo a vista ubicado a las afueras de la ciudad, en una calle que lleva el nombre de la asociación. Para acceder al laboratorio hay que llamar al timbre y esperar a que alguien abra la puerta, donde un cartel informa del horario de apertura: de 9 a 14h. En nuestra primera visita, fue la arqueóloga que trabaja en la asociación quien nos vino a recibir y nos condujo hasta las instalaciones del laboratorio a través de un pasillo largo, sin ventanas ni decoración, iluminado por la luz blanca y fría de unos tubos fluorescentes. Apenas la señalética de emergencia, un extintor rojo y una alarma antiincendios del mismo color rompen la asepsia cromática del lugar. Al fondo del pasillo, junto a la puerta principal, un *roll-up* de la ARMH nos indica que hemos llegado. A ambos lados, otras dos puertas conducen a sendas estancias de la asociación que iremos descubriendo con el transcurrir de los días. Una sirve de almacén para las herramientas de campo –palas, picos y calderos– utilizadas en las exhumaciones. La otra, también destinada al almacenamiento, alberga una diversidad de contenidos: cajas repletas de libros donados que aguardan su catalogación, recipientes de plástico con restos humanos pendientes de identificar, y cajas marrones que guardan los cuerpos que, ya provistos de identidad, esperan el momento de regresar junto a sus familiares.

Al entrar por primera vez al laboratorio, algunos elementos cautivan de inmediato la mirada (Imagen 1). Destaca, en una de las esquinas, un esqueleto en posición erguida junto a una inscripción bilingüe en la pared: “¿No hay justicia para estos crímenes? / Is there no justice for these crimes?”. Esta pregunta, que interpela directamente al visitante, revela tanto el fundamento político y reivindicativo de la asociación como sus vínculos con los movimientos internacionales de justicia transicional (Gatti, 2011; Gómez Sánchez, 2013; Langa, 2022; Tejero Tabernero, 2022). La sala principal, repleta de objetos cargados de simbolismo, desafía la tradicional atmósfera aséptica que asociamos con un laboratorio científico: recortes de noticias conviven con trofeos y diplomas que reconocen la labor de la ARMH, mientras de las paredes penden cuadros que representan fusilamientos, complementados por una maqueta que plasma la misma escena violenta, además de libros que ultiman este archivo de la memoria. Junto a ellos se disponen diversos objetos personales recuperados de las exhumaciones: una pulsera con balas, un anillo, un lápiz; testimonios silenciosos del pasado

violento y traumático que la asociación busca esclarecer y, en la medida de lo posible, reparar. En contraste, los instrumentos de preservación y cuidado: pinces, brochas, guantes y cribas, herramientas que permiten recuperar y conservar estas trazas materiales. Destaca también una vitrina alargada que alberga archivadores meticulosamente organizados, donde se custodian permisos de exhumación, informes y documentación clasificada por comunidades autónomas, escudos o secuencias alfabéticas. Esta disposición espacial, que entrelaza memoria, ciencia y reivindicación, refleja la naturaleza multifacética del laboratorio, que trasciende el mero trabajo con los cuerpos recuperados. El espacio funciona como una “infraestructura social” (Klinenberg, 2021) donde convergen múltiples actores y tareas: desde la atención a las familias que inician la búsqueda de sus desaparecidos hasta la comunicación de los resultados obtenidos; desde la investigación en archivos locales y nacionales –tanto presenciales como digitales– para reconstruir historias y localizar posibles paraderos, hasta la elaboración de bases de datos, y el desplazamiento a las fosas comunes para la recuperación de los cuerpos. Así, en el ir y venir de gentes, materiales y tareas, el laboratorio funciona como un espacio relacional, un enclave físico que sirve de anclaje para un conjunto de prácticas de investigación, reparación y movilización social. La infraestructura del laboratorio se socializa, o más bien, sirve de espacio social para el “activismo memorialista” (Gutman y Wüstenberg, 2023), a la vez que encarna una “epistemología cívica” (Jasanoff, 1995), al hacer de la práctica y del conocimiento científico un asunto público.

Imagen 1. Interior del laboratorio de la ARMH. Fuente: Elaboración propia.



El laboratorio –infraestructura y dispositivo de legitimación a la vez– sostiene el quehacer diario de la asociación y constituye parte de su seña de identidad, al ser la única asociación de este tipo en España que dispone de una infraestructura así. Los orígenes de la ARMH se remontan al año 2000, cuando Emilio Silva, nieto de una de las trece víctimas exhumadas en una fosa común en Priaranza del Bierzo (León), decide junto a otros familiares crear una asociación dedicada a la búsqueda e identificación de los restos

óseos de las personas desaparecidas durante la Guerra Civil y la Dictadura franquista con el fin de que puedan ser retornados a sus familiares. El laboratorio se crearía en 2008. Su labor se sostiene mediante el trabajo de profesionales a tiempo completo y/as voluntarios/as, las aportaciones de sus socios/as, premios y donaciones de asociaciones internacionales y la colaboración con otros laboratorios de genética y diversas instituciones, entre ellas la Universidad de León<sup>2</sup>. Sin embargo, a pesar de su papel fundamental en el engranaje de la asociación y del movimiento memorialista, el trabajo en el laboratorio ha pasado prácticamente desapercibido para los medios y la academia. La “bulimia mediática” (Ferrándiz, 2014) que rodea las exhumaciones de fosas comunes a cielo abierto ha concentrado la atención social e investigadora, dejando fuera de plano lo que sucede, puertas adentro, en el laboratorio de la ARMH<sup>3</sup>. Si bien la asociación ha sido objeto de estudios que han analizado las políticas del tiempo en las exhumaciones (Bevernage y Colaert, 2014) o su papel en la justicia transicional española (Hepworth, 2023), el laboratorio como espacio específico de producción de memoria no ha recibido atención etnográfica hasta la fecha.

Este artículo examina el papel de infraestructuras como la del laboratorio de la ARMH en la recuperación de la memoria histórica en España. A través de un trabajo de observación etnográfica, acompañamos a profesionales y voluntarias de la asociación en su labor de recuperar cuerpos, objetos y memorias de las víctimas de la Guerra Civil y la Dictadura franquista. El estudio problematiza la noción tradicional del laboratorio, revelando cómo este se encuentra inmerso en su propio contexto social y político. Esta perspectiva situada nos permite entender que el conocimiento científico, lejos de ser una entidad pura, neutra e independiente, constituye una tarea colectiva e interdependiente donde los factores sociales que rodean y atraviesan al laboratorio representan una “parte integral del procedimiento científico rutinario” (Latour, 1983: 29). En este contexto, nuestra investigación profundiza en cómo los cuerpos y objetos de las personas desaparecidas no solo aportan información crucial para (re)construir su historia, sino que se convierten en elementos primordiales en la recuperación de la memoria. Esta labor cobra especial relevancia si consideramos que, aún en la actualidad y según las cifras manejadas por el movimiento memorialista y otros informes especializados, el número de personas desaparecidas supera las 114.000, distribuidas por todo el territorio español, muchas de

ellas en ubicaciones inciertas, lo que ha provocado su prolongado abandono y olvido<sup>4</sup>.

Así, este trabajo persigue analizar el laboratorio de la ARMH como una infraestructura social. Nuestra aproximación etnográfica busca interrogarse por las singularidades o especificidades de este laboratorio, en diálogo con los estudios sociales de Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS). A su vez, este artículo explora la importancia de atender a aquellas prácticas invisibilizadas en el campo de los movimientos sociales, que sostienen la acción colectiva a menudo en un segundo plano, en espacios y tiempos no tan públicos ni espectacularizados. Por esta razón ponemos la mirada en el laboratorio de la ARMH, apenas estudiado hasta la fecha. En el movimiento memorialista español, dicho laboratorio constituye una infraestructura clave en la producción de memoria(s), y favorece, en sus alianzas nacionales e internacionales, la circulación multidireccional de prácticas y saberes.

La estructura de este artículo es la siguiente. En primer lugar, presentamos el laboratorio como un campo de indagación antropológica, proponiendo un análisis que trascienda ciertas dicotomías preexistentes en los estudios CTS. A continuación, nos detenemos en el aparatage metodológico, describiendo las técnicas empleadas en esta investigación. En los siguientes dos apartados le damos espacio al análisis etnográfico, indagando en los aspectos más frágiles e in/visibilizados en la lucha por la memoria y rastreando –al estudiar la relación entre archivo y laboratorio en el movimiento memorialista– las in/movilidades y los desplazamientos que van del papel a la tierra (y más allá) y que caracterizan la práctica cotidiana de los activistas. En las conclusiones, planteamos el laboratorio de la ARMH como una infraestructura social que busca dignificar a las víctimas y a sus familiares, reforzar la cultura democrática y recomponer la sociedad fragmentada en que vivimos.

## 2. El laboratorio como campo de indagación antropológica

El laboratorio, como espacio de investigación científica, no ha permanecido ajeno a la mirada antropológica. Las primeras aproximaciones etnográficas a estos espacios, tradicionalmente considerados opacos, aislados e impenetrables, surgieron entre finales de los años 70 y principios de los 80 del siglo XX, con las investigaciones pioneras de Knorr-Cetina (1977), Lynch (1985), Latour y Woolgar (1986) y Traweek (1988). Estos trabajos propusieron diferentes metodologías para abordar los estudios de laboratorio: mientras Latour y Woolgar adoptaron la perspectiva del “antropólogo de la ciencia” (1986: 27), tratando la práctica científica como una cultura extraña y ajena, Knorr-Cetina (1977) se centró en comprender el

<sup>2</sup> El laboratorio de la ARMH en Ponferrada no es propiedad de la asociación, sino que desde el año 2008 está vinculado a la Universidad de León, en el campus de Ponferrada, aunque esto no se haría oficial hasta 2017. Asimismo, en 2015 firmarían con dicho organismo un convenio de prácticas extracurriculares.

<sup>3</sup> En contadas ocasiones, solo cuando su continuidad ha estado en peligro debido a la falta de financiación, algunos medios se han hecho eco del laboratorio de la ARMH. Véase: [https://www.infobierzo.com/bierzo/la-armh-crea-que-tendra-que-cerrar-su-laboratorio-en-enero-por-falta-de-ayudas\\_134223\\_102.html](https://www.infobierzo.com/bierzo/la-armh-crea-que-tendra-que-cerrar-su-laboratorio-en-enero-por-falta-de-ayudas_134223_102.html)

<sup>4</sup> Para el conteo de personas desaparecidas por parte del movimiento, véase: <https://memoriahistorica.org.es/emilio-silva-presidente-de-la-armh-hay-un-cortafuegos-aun-hoy-que-impide-investigar-los-mas-de-100-000-desaparecidos-en-espana/>. La cifra de 114.266 desaparecidos aparece también en el auto del juez Baltasar Garzón (Audiencia Nacional, 2008) y en informes del Grupo de Trabajo sobre Desapariciones Forzadas o Involuntarias de la ONU (WGEID, 2013).

trabajo científico desde la perspectiva de los propios científicos. Por su parte, Lynch, discípulo de Harold Garfinkel, desarrolló un enfoque etnometodológico para así poder atender a la cotidianidad de un laboratorio de neurobiología, describir minuciosamente las conversaciones de los científicos, explorar la dimensión vivencial, práctica e interactiva de la ciencia, y observar cómo la actividad del laboratorio se ordena y adquiere sentido a través de prácticas y situaciones concretas (Stephens y Lewis, 2017).

Esta diversidad de aproximaciones etnográficas fue posteriormente categorizada por Hess (2001) dentro de los estudios de CTS (Ciencia, Tecnología y Sociedad) en dos generaciones distintas. La primera generación, que incluye los estudios pioneros mencionados, se caracterizó por “abrir la caja negra del contenido social de la ciencia y la tecnología” (íbidem, 2001: 13). La segunda generación, en cambio, expandió su alcance para incorporar dimensiones culturales y políticas más amplias. Hess utiliza la metáfora de cajas de diferentes colores (marrones, amarillas, moradas, rojas, etc.) para representar las distintas problemáticas sociales abordadas: medioambientales, de clase, raza, sexualidad y colonialidad. Para fundamentar esta conceptualización, Hess se apoya en la tradición feminista, específicamente en la célebre frase de Kate Millet (1995) “lo personal es político”. Esta referencia le permite evidenciar que en los estudios CTS lo técnico también es político y está intrínsecamente relacionado con otras realidades sociales:

Los estudios de segunda generación tienden a ir más allá del reducto del conocimiento experto para incorporar las perspectivas de grupos laicos, activistas, movimientos, medios de comunicación y cultura popular; examinar los contornos de la ortodoxia y heterodoxia en el desarrollo de una disciplina, incluyendo las fuerzas políticas, institucionales y económicas [...] y analizar las variaciones en el conocimiento experto y la tecnología a través de las culturas (Hess, 2001: 4).

Siguiendo la metáfora de las cajas, la tradición de la etnografía de la ciencia evolucionó desde la apertura inicial de cajas negras –observando la actividad cotidiana de los científicos– hacia una exploración más profunda que reveló la existencia de múltiples cajas interconectadas, similar a una muñeca Matrioska. Esta doble perspectiva ha permitido un conocimiento profundo de lo que sucede “dentro de los muros sagrados de estos templos” (Knorr-Cetina citado por Latour, 1983: 141).

En este artículo proponemos una aproximación que trasciende esta dualidad generacional en los estudios CTS de laboratorio. Tomando como caso de estudio el laboratorio de la ARMH, sugerimos la posibilidad de una visión híbrida y entrelazada que combine elementos de ambas generaciones. La naturaleza de este laboratorio lo sitúa en un punto intermedio –en la intersección entre la academia, el activismo y las familias de las personas desaparecidas–, donde la propia especificidad del trabajo realizado y el espacio en sí conducen a la apertura simultánea de cajas de diversos colores e incluso nuevas categorías, confirmando que “el laboratorio siempre está articulado a diferentes tipos de espacios que ayudan

a dar sentido a lo que emerge de sus operaciones” (Wershler, Emerson y Parikka, 2021: 12). A caballo entre el interior y el exterior, entre la historia privada de las familias y su dimensión pública, entre la movilidad y la inmovilidad –en el ir y venir de arqueólogos/as, activistas y familiares, de la casa al laboratorio, de allí a la fosa y de vuelta–, entre las políticas de la memoria y las del olvido, el laboratorio de la ARMH ofrece una perspectiva liminal desde la que observar el proceso de recuperación y producción de la memoria. Como nos recuerda Burke (2011), las memorias de conflictos traen consigo, siempre, conflictos de memorias.

Nuestra etnografía ha perseguido un doble objetivo. Por un lado, siguiendo la línea de Latour y Woolgar (1986), hemos buscado comprender qué acontece en el interior del laboratorio. Esto implica abrir lo que podríamos llamar una “caja gris” –más que negra, pues aunque el laboratorio ha recibido visitas de medios, investigadoras, estudiantes y voluntarias, ningún estudio etnográfico lo ha abordado hasta la fecha–. Por otro lado, este proceso ha revelado simultáneamente otras problemáticas intrínsecamente conectadas: el olvido, la Memoria Democrática, la justicia social y la deuda histórica, entre otros. De este modo, trabajar el campo *en* y *desde* el laboratorio de la ARMH nos ha brindado una mirada intersticial donde se enreda –*más allá*, o más bien, *más acá* de las fosas comunes– la propia actividad científica con prácticas, discursos, saberes, cuerpos, objetos, leyes, políticas... Si el diálogo con familiares y activistas es esencial en el laboratorio de la ARMH, el trabajo de archivo introduce otra forma de interlocución: la que se establece con los propios documentos (Villalta, 2023). En este sentido, tomamos la propuesta de Villalta sobre la posibilidad de una etnografía *desde* el archivo y no solo *del* mismo, aplicando la mirada en este caso *desde* el laboratorio. Esta mirada parte del papel (del archivo, del laboratorio) pero nos lleva fuera de él, sirve de guía, para llegar a otros lugares y momentos lejanos, para entender algo más de lo que cuentan y de lo que se ve en esos documentos, hasta llegar a preguntarnos por su propio origen.

Somos conscientes de que, en las últimas décadas, los intentos de extrapolar y/o repensar la forma del laboratorio se han extendido por doquier, por ejemplo, en la academia y en las ciencias sociales, buscando fórmulas co-laborativas de indagar y experimentar en común más allá de las jerarquías clásicas del laboratorio (Holmes y Marcus, 2008; Estalella y Sánchez-Criado, 2016). Estas fórmulas, a su vez, resuenan con toda una historia de indagación que, por ejemplo, ha equiparado la ciudad con un laboratorio a cielo abierto para el análisis científico (Guggenheim, 2012). Hoy en día existen multitud de experimentos ciudadanos, activistas, artísticos y empresariales –*CoLabs*, *hacklabs*, etc.– que denotan la diversidad tipológica de los laboratorios y las múltiples culturas epistémicas que los atraviesan (Rabinow, 2008; Fernández de Rota, 2023). Sin embargo, en este trabajo hemos decidido trazar el camino inverso y prestar atención a una dimensión menos visible de las luchas por la memoria, desplazando el foco desde las exhumaciones –ampliamente mediatizadas– hacia el trabajo cotidiano que se desarrolla puertas adentro del laboratorio.

### 3. Nota metodológica

El trajín que atraviesa el laboratorio de la ARMH en momentos puntuales, con instrumentos, documentos y activistas moviéndose de un lado a otro, nos invita a pensar su carácter dinámico y “multisituado” (Marcus, 2001). En este trabajo, aunque la atención se detenga en la vida social del laboratorio y en el análisis de las labores de recuperación de la memoria de las víctimas de la Guerra Civil española y la Dictadura franquista, los desplazamientos de cuerpos y objetos que lo dotan de sentido nos conducen a mirarlo no de una manera estática sino como una instancia in/móvil y cruzada de trayectorias: un nodo en una red de activismo. Tal como los movimientos sociales, más allá de su dimensión pública y espectacularizada, se nutren de una temporalidad eventual que se moviliza con cada acontecimiento y desvela una acción cotidiana hecha de activaciones y desactivaciones, de picos de acción y rachas de calma (Cañedo-Rodríguez y Allen-Perkins, 2023), así el laboratorio se acelera o desacelera cada vez que “entra un caso”: cuando alguien de la familia se acerca con una foto o con documentos del desaparecido, cuando se halla el paradero de una fosa, cuando los huesos son exhumados y transportados para su análisis...

Si echamos la vista atrás encontraremos laboratorios que se reubican o se desplazan. En su estudio de la enfermedad del ántrax, Pasteur hubo de improvisar un laboratorio en una granja para obtener un bacilo cultivado, el cual trasladaría después a su laboratorio oficial. Fruto de este desplazamiento ocurrió algo que hasta entonces no había sido posible (Latour, 1983). En el caso de la ARMH, el laboratorio –o más bien, quienes lo hacen posible– también se desplaza y sale afuera. Su “bacilo” serían los cuerpos. Al exhumarlos de las fosas y llevarlos al laboratorio de Ponferrada, donde serán analizados, re-construidos, identificados y devueltos a sus familiares, consiguen que algo que estaba oculto se convierta, por la vía de la traducción, en un asunto público. A través de los cuerpos, la ARMH busca hallar la cura a otro tipo de enfermedad: la falta de memoria. Es así como el laboratorio actúa entre dos espacios: un afuera y un adentro que se difuminan en la práctica.

El trabajo de campo etnográfico en el laboratorio de la ARMH, realizado durante el mes de enero de 2020, se enmarca en un proyecto de investigación más amplio desarrollado entre el otoño de 2019 y el verano de 2020, que dio lugar a un Trabajo de Fin de Grado y que combinó diversas herramientas metodológicas cualitativas (Sánchez Carrera, 2020). La estancia en el laboratorio permitió una inmersión en sus dinámicas cotidianas, complementada con otras técnicas orientadas a observar el trabajo realizado en la institución y a recoger los testimonios de sus miembros. Además de la revisión bibliográfica y documental, llevamos a cabo observación participante al interior del laboratorio, participamos en la búsqueda de información de un caso a través del análisis de archivos, colaboramos en la elaboración de informes para comunicar a las familias los hallazgos realizados, desarrollamos entrevistas semi-estructuradas con los miembros del laboratorio, acudimos a exposiciones y jornadas de divulgación, registramos exhaustivamente la información en el diario de campo

y pudimos dialogar largo y tendido con el presidente de la ARMH, Emilio Silva, cuya perspectiva nos brindaba una doble experiencia: por un lado, la del responsable de la entidad; por el otro, la del familiar de una persona desaparecida.

En nuestro acompañamiento, pretendíamos aprender la “lógica práctica” desde la acción (Ferreira, 2007), accediendo a los modos de hacer en/desde el laboratorio. Era importante no solo observar y escuchar, sino también familiarizarse con su argot, “hacerse” con el lenguaje de la cultura del laboratorio. Nuestra etnografía tomaba conciencia del carácter *situado* del conocimiento (Haraway, 1995), más aún en un espacio densamente ritualizado y simbolizado como aquel, donde la intencionalidad política se manifiesta en los gestos y emociones que allí se anudan, que actúan sobre el terreno como formas de comunicación, reconocimiento y afiliación (Flores Martos, 2019). Teniendo todo ello en cuenta, nuestros intercambios y nuestras entrevistas se sucedieron siempre armoniosamente, pues parte de su trabajo –o quizás, de su deseo– consiste en contar y hacer visible lo que ocurre allí dentro, de modo que nuestra interlocución abría la posibilidad de dar sentido y de dar a conocer su tarea más allá del laboratorio. Con la excepción de Emilio Silva, figura pública y reconocible, hemos decidido anonimizar a nuestras/os interlocutoras/os principales, identificándolos únicamente por su rol y perfil, con el fin de centrar el análisis en las prácticas y saberes que movilizan más que en las personas concretas. Todos/as fueron informados/as desde el inicio de los objetivos y del carácter de nuestra investigación. Nuestros/as interlocutores/as principales fueron: una historiadora de 63 años, voluntaria en la ARMH en aquella época; el Vicepresidente de la asociación, de 39 años, que entonces trabajaba en ella a tiempo completo; y una técnica en arqueología, también de 39 años, quien trabajaba igualmente a tiempo completo en enero de 2020.

Además de las técnicas comentadas, para poder visualizar algunos resultados de nuestra etnografía diseñamos lo que hemos llamado un mapa de recuperación de cuerpos. En él se indicarán las diferentes fases que constituyen el proceso que abarca desde el conocimiento de un caso, pasando por el hallazgo del emplazamiento de la fosa, hasta la identificación del cuerpo y su entrega a la familia. De esta manera, pretendemos plasmar el movimiento y el recorrido que realizan los cuerpos cuando son “desplazados” después de haber sido recuperados, ubicándonos en la intersección etnográfica de una acción social in/movilizada (Diz, 2023), recurriendo a técnicas visuales para dibujar sus trayectorias y, al mismo tiempo, para poder contar su historia (Iturra y Jirón, 2016).

### 4. Sostener y ser sostenido: fragilidad e in/visibilidad en la lucha por la memoria

El trabajo de campo nos adentró en un ecosistema frágil y no pocas veces amenazado. En las conversaciones rutinarias, el tema de la financiación y la sostenibilidad del proyecto se repetían con frecuencia. Día tras día, la precariedad atravesaba el trabajo colaborativo: la lucha por la memoria se desarrollaba “sin la promesa de la estabilidad” (Tsing, 2021: 20). El laboratorio vivía en una tensión permanente:

sostener y ser sostenido. Al tiempo que hacía posible la lucha por la memoria en su dimensión pública y visible –el hallazgo de fosas comunes, la exhumación, la identificación de cuerpos–, dependía de prácticas cotidianas de reparación y cuidado, tantas veces invisibilizadas (Puig de la Bellacasa, 2017; Comas-d'Argemir, 2019). Siguiendo la analogía de Federici (2010), el laboratorio funcionaba como la casa en el ámbito de la reproducción: una fábrica invisible sin la cual el trabajo a pie de fosa resultaría insuficiente, cuando no imposible. Así, la producción de memoria en el laboratorio de la ARMH era frágil y colectiva, y desdibujaba –entre bastidores y en conexión con el exterior–, la separación entre lo visible y lo invisible, lo público y lo privado.

En el contexto español, la aprobación de la llamada “ley de Memoria Histórica” en 2007<sup>5</sup> reafianzó la “autogestión memorial” (Ferrándiz, 2014) de la sociedad civil. Desde el año 2000 –cuando se exhuma la fosa de Priaranza del Bierzo que actúa como detonante de la ARMH y del movimiento memorialista actual<sup>6</sup>–, familiares de desaparecidos, activistas, técnicos y colectivos de base se echan a sus espaldas la lucha por la memoria, removiendo la tierra con sus propios medios para encontrar a los desaparecidos, adelantando así al Estado y a sus políticas públicas. En 2007, la ley se aprueba en el Congreso como efecto de la movilización social. Sin embargo, sin aportar apenas financiación para la búsqueda de las víctimas, funcionó en verdad como una “subcontrata”<sup>7</sup> (Ferrándiz, 2010) que externalizaba la recuperación de la memoria a familiares, activistas y asociaciones. Es así que, en 2020 y durante nuestro trabajo de campo, la búsqueda de socios/as y la necesidad de financiación continuaba siendo primordial, tal como lo había sido desde la fundación del laboratorio en 2008. A través de las cuotas anuales y de ocasionales donaciones voluntarias, el laboratorio sufragaba la investigación en archivos, la búsqueda de documentación, las prospecciones, las exhumaciones y

el regreso a casa de las víctimas junto a sus familias. Aunque el equipo del laboratorio estaba conformado en su mayoría por familiares de desaparecidos/as, el dinero y el trabajo voluntario procedía también de simpatizantes locales, incluso del reconocimiento y la solidaridad internacional: en 2014, por ejemplo, la federación sindical noruega EL og IT había hecho una generosa donación; y un año después, la ARMH recibió el premio de Derechos Humanos de la Asociación de Archivos de la Brigada Abraham Lincoln, que ayudaba a sufragar su tarea. No pocas veces, nos confesaban, parecían recibir más apoyo desde el exterior que desde su propio país.

El presidente de la asociación, Emilio, nos relataba la incredulidad de los visitantes internacionales. El laboratorio, decía, el único “centro de trabajo” que la ARMH tenía en España, se ubicaba en Ponferrada porque era el lugar de procedencia de la mayoría de miembros que estaban a cargo de las exhumaciones. Sin embargo, en ocasiones querían acercarse a apoyar a la ARMH representantes de ONG de Argentina, Chile, Colombia o Guatemala, países del Sur Global que tanto han inspirado al activismo memorialista español en sus luchas por la verdad, la justicia y la reparación (Gatti, 2011a). Ante la falta de recursos y para resolver el problema de la distancia y las deficientes comunicaciones, estos encuentros acababan produciéndose casi siempre en Madrid. La dimensión precaria del laboratorio y de la asociación se traducían muchas veces en situaciones mundanas como estas, que evidencian además cierto “Madrid-centrismo” del activismo memorial español (Martín-Chiappe, 2019). Estos visitantes, conocedores de la magnitud del pasado traumático español y del ingente número de desaparecidos/as, esperaban encontrar una infraestructura a la altura de tales circunstancias. Pero la realidad era otra. Como recordaba Emilio: “Ellos piensan que los vamos a recibir en un edificio con una súper oficina... y yo quedo con ellos en mi casa o en un bar”.

A pesar del carisma y el tesón de Emilio, la vida en el laboratorio se sostenía mediante afectos colectivos que conformaban una red donde familias, voluntarios/as y personal científico se reconocían y movilizaban. Frente al imaginario jerárquico de un laboratorio y un “campo científico” polarizado, donde “hacerse un nombre” conlleva prácticas de dominación y desigualdad (Bourdieu, 2000), el laboratorio de la ARMH tejía maneras de hacer igualitarias. Frente a la lógica de la empresa, “donde un error puede costarte tu puesto de trabajo”, el vicepresidente de la asociación nos hablaba de “un trabajo colaborativo, donde las tres personas que estamos contratadas estamos obligadas a ayudarnos y a corregirnos en nuestros errores”. Esta postura era refrendada por la técnica en arqueología, quien describía cómo la toma de decisiones se llevaba a cabo de forma distribuida, dejando los temas más gruesos para la junta directiva. En ocasiones, reconociendo el saber del otro y refiriendo las situaciones de aprendizaje tan propias del hacer científico, bromeaban y decían: “Vamos junto al profe, que parece que estamos en clase”. Lo suyo, más que la competencia o la puja por el capital científico, era la lucha por la memoria y la búsqueda de justicia. Así, nunca referían logros individuales sino hallazgos compartidos: el aprendizaje a través de la implicación en movimientos sociales,

<sup>5</sup> Ley 52/2007, de 26 de diciembre, por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la Guerra Civil y la Dictadura (BOE-A-2007-22296).

<sup>6</sup> La apertura de la fosa en Priaranza inaugura la etapa más reciente e inacabada de exhumaciones de fosas comunes de la Guerra Civil y dictadura franquista, caracterizada por la participación de equipos técnicos arqueológicos y forenses afines a los discursos de los derechos humanos (Martín-Chiappe, 2019). Sin embargo, existe una larga historia de exhumaciones, presentes desde el final de la guerra (De Kerangat, 2023; Pérez Guirao, 2024).

<sup>7</sup> Nuestro trabajo de campo se realizó en 2020, estando vigente la Ley 52/2007. Este artículo se ha escrito ya aprobada la Ley 20/2022, de 19 de octubre, de Memoria Democrática. Aunque esta nueva legislación supone avances en materia de acceso a archivos y reconocimiento de las víctimas, el movimiento memorialista mantiene su crítica hacia el modelo de subvención que, a su juicio, sigue externalizando la búsqueda de desaparecidos a asociaciones y familias en lugar de garantizarla como un derecho. Véase la declaración de la ARMH del 21 de octubre de 2024: “La ARMH (...) no acepta ni entiende que España siga siendo el único país del mundo en el que la búsqueda de desaparecidos forzados se hace a través de la convocatoria de subvenciones porque suponen una discriminación entre víctimas y en una democracia consolidada los derechos humanos no se subvencionan, se garantizan”. <https://memoriahistorica.org.es/tras-dos-anos-la-ley-de-memoria-democratica-no-garantiza-los-derechos-de-las-victimas-del-franquismo/>

las amistades encontradas, el cariño y el agradecimiento de las familias. Mientras limpiaban los huesos, atendían a familiares de víctimas, buceaban en archivos o elaboraban bases de datos, sus roles e identidades se desdibujaban. Al interior del laboratorio, paradójicamente, no se decían ni se sentían científicas, sino activistas por la memoria. Estar allí, explicaban, les había permitido “abrir los ojos” a una realidad que se les había ocultado. Una realidad invisibilizada que, con su trabajo (“invisible”) en el laboratorio, ayudaban a desvelar.

Un trabajo tejido entre momentos de aceleración y de calma. En nuestras visitas, la norma no era la salida veloz al campo –a las fosas– sino la espera y el silencio. Había que esperar el resultado de los análisis, el contraste de las fuentes, la respuesta de la administración. Al mismo tiempo, las familias tenían que continuar viviendo en esa espera –sin dejar de lado la esperanza– en la que tantos años llevaban embarcadas. Había que navegar la ingente burocracia que recorría cada caso y que consume cada vez más tiempo en el trabajo científico y en cualquier ámbito de la vida social (Graeber, 2015). En la estancia principal, una línea imaginaria parecía dividir el lugar de acuerdo a tareas específicas y protocolizadas: a la derecha, todo lo que tenía que ver con cuestiones arqueológicas; a la izquierda, las cuestiones administrativas. A la manera occidental y moderna, leyendo la situación de izquierda a derecha, pareciera que los hallazgos a pie de fosa venían anteceditos, irremediablemente, por el *checkpoint* burocrático. No obstante, la temporalidad del laboratorio, marcada por la incertidumbre, los tropiezos y las inseguridades, no discurría linealmente sino mediante saltos, parones, giros, infinitos comienzos y finales inacabados.

El laboratorio de la ARMH era sostenido, primeramente, por la vía de tareas esenciales. La limpieza del edificio corría a cargo de los servicios contratados por la universidad –brindados en su mayoría por mujeres–, a los que se sumaba la limpieza de los utensilios de trabajo por parte de los técnicos del laboratorio, indispensables para el tratamiento de los restos óseos hallados en las fosas. Existían tres tipos de instrumentos principales. Primero estaban los instrumentos “de oficina”, como ordenadores, impresora, escáner, archivadores, etc. En segundo lugar, los instrumentos “de campo”, que variaban según el tipo de excavación acometida: los picos, las palas, los recogedores; también los paletines, para mover la tierra previamente al trabajo más delicado de excavación; y con ellos los pinceles, las herramientas de dentista y de alfarería (normalmente de madera), para la excavación de restos en las fosas comunes; así como pequeños cuchillos a los que les retiran el filo para que no dañen los huesos, y también bolsas de plástico y de cartón para transportar los restos. En tercer lugar, los instrumentos “de laboratorio”: tubos de ensayo, botes específicos donde se recogen las muestras de ADN para su análisis, alcohol para la limpieza y desinfección de las herramientas y superficies de trabajo, y una caja de arena que sirve de soporte para los cráneos. Este conjunto de utensilios nos da una imagen plural y diversificada del laboratorio de la ARMH, dejándonos entrever lo que hacen y enseñándonos, a través de la práctica, su carácter polifacético.

A su vez, esta dimensión material es una constante en la vida del laboratorio. Los cuerpos, las herramientas y los objetos –estén o no– adquieren gran relevancia. Junto a los utensilios de trabajo convive todo un mundo de objetos que guarda su propia biografía (Kopytoff, 1991). En las fosas, además de los huesos, aparecen anillos, sonajeros, gafas, tinteros, lápices, peines, monedas, las llaves de alguna casa, pendientes que fueron guardados como recuerdo o amuleto. Esta palabra, “pendiente”, tenía para Emilio un doble significado, pues evocaba también aquellas vidas y todas aquellas cosas que, con los asesinatos y la violenta muerte, quedaron pendientes. Así lo entendía también el vicepresidente de la asociación, quien evocaba al poeta berciano Juan Carlos Mestre y a aquellos “sueños pendientes de ser soñados”. En el laboratorio de la ARMH estos objetos se reciben, se limpian, se procesan y son inventariados para el informe arqueológico. Cada uno de ellos ayuda a recomponer la historia del desaparecido, aunque la identificación definitiva llegue tras las pruebas de ADN<sup>8</sup>. “Por ejemplo, un anillo con unas iniciales –comenta la arqueóloga– puede darnos pistas sobre la identidad”. Como describe Emilio, “el cráneo se pega como un puzzle”, en un trabajo “de muchas, muchas horas”. Del mismo modo, los objetos permiten reconstruir las historias que permanecían ocultas y fragmentadas bajo tierra. Además de los objetos hallados en las fosas, en las casas familiares se guardan cartas, fotografías y facturas que permanecieron escondidas durante mucho tiempo por miedo, y que ahora, custodiadas como pequeños tesoros, son traídas al laboratorio de Ponferrada. En ese tránsito de lo doméstico a lo institucional, estos objetos se transforman: dejan de ser recuerdos privados para adquirir un valor probatorio y colectivo, convirtiéndose en evidencias materiales que legitiman la memoria familiar y dan testimonio de unas vidas que el relato oficial había silenciado.

Frente a la visibilidad de una cuneta, “visible para todo el que pasa”, parafraseando a Emilio, el laboratorio tenía una dimensión pública mucho menor. Por ello aprovechaban cada oportunidad que tenían para dar charlas y divulgar su trabajo. Precisamente, como veremos en el siguiente apartado, durante nuestro trabajo de campo colaboramos en la búsqueda en archivos, una de esas tareas silenciosas y ocultas que se desarrollan puertas adentro, pero que resultan esenciales.

## 5. Archivo y laboratorio: del papel a la tierra y más allá

En la estancia principal, donde una línea imaginaria conectaba lo burocrático y lo arqueológico, se

<sup>8</sup> En el marco de las luchas por la memoria, las primeras pruebas de ADN realizadas a asesinados por el franquismo se produjeron en el año 2000 con la exhumación de Priaranza del Bierzo. Esto supuso un cambio de paradigma en la metodología empleada hasta la fecha, dando lugar al llamado “giro forense” (Ferrándiz y Robben, 2015). Desde entonces, junto a la prevalencia de personal científico-técnico, la evidencia material, los huesos, pasarían a ser centrales en la búsqueda de justicia y de verdad (De Kerangat, 2023). Esta práctica científica, iniciada primero con el caso argentino (Dziuban, 2011), se trasladó posteriormente al contexto español, ejemplificando nuevamente la conexión, el aprendizaje y la transferencia en las luchas por la memoria y por los derechos humanos transnacionales.

hallaba una mesa central que funcionaba como umbral entre ambos polos. Sobre ella, una pila de fundas de plástico por abrir. Cada una de esas fundas constituía “un caso”.

Nuestro trabajo en el laboratorio comenzaba con una tarea de archivo: abriendo un caso, una funda que siempre estaba repleta de documentos (partidas de nacimiento, actas de bautizos, fotografías familiares de los/as desaparecidos/as, etc.). Recorrer los documentos de cada funda nos permitía constatar, en la práctica, la multiplicidad de tareas efectuadas en el laboratorio, ajenas a la más mediatizada escenografía forense: había que consultar los libros de la biblioteca de la ARMH, redactar e-mails, rastrear en los archivos, releer más de una vez las páginas más viejas. En una suerte de desplazamiento interno, anterior a la localización y a la salida hacia las fosas, había que “seguir” los papeles, las conexiones y las historias (Marcus, 2001). De este modo, al seguir los papeles aprendíamos a leerlos como si fueran un mapa. Las letras, las fechas, los informes se convertían en señales que trazaban un camino hacia la memoria. Con el tiempo, esta labor conduciría al siguiente paso: consultar los planos del terreno para ubicar la fosa y proceder con las exhumaciones.

En nuestra búsqueda en los archivos debíamos familiarizarnos con un lenguaje nuevo, técnico y extraño. Siglas como IFP (Inscripción Fuera de Plazo) pronto se tornaron familiares, al tiempo que aprendíamos a redactar solicitudes y lidiábamos con la lectura de viejos documentos escritos a mano. Frente al ojo entrenado y el saber experiencial de las trabajadoras del laboratorio, nuestra torpeza nos obligaba a ir más lento. Desde el punto de vista arqueológico, sencillamente nos faltaban palabras. La mención a innumerables huesos, el nombre técnico de fracturas y enfermedades, el intercambio de terminología balística o la referencia a las “cajas sigladas”, la “osificación” y la “pulverización de la muestra” nos hacían recordar cómo un laboratorio es, entre otras muchas cosas, un lugar de lectura y de escritura, de codificación, alteración y marcaje, capaz de producir su propio lenguaje y sus propias formas de interpretación (Latour y Woolgar, 1986).

El trabajo en el laboratorio comenzaba con la llegada de una solicitud, rellena por los familiares de una persona desaparecida (Figura 1). Era la familia, al contactar con la ARMH, la que ponía en marcha el caso, haciéndolo salir del ámbito doméstico<sup>9</sup>. Dicha solicitud debía reunir toda la información posible. Cada funda, con cada caso, agrupaba un promedio inicial de siete u ocho hojas. A partir de ese momento se iniciaba el análisis de la información. Para ello habían creado un protocolo de investigación, especialmente útil para el personal voluntario que acudía al laboratorio para colaborar en la lucha por la memoria. Había que ir registrando, ordenando y anotando minuciosamente, paso a paso, en qué archivos se había buscado, la fecha, si se había encontrado algo,

si se había enviado alguna solicitud, si había habido respuestas de la administración...

En palabras de la historiadora que en aquellas semanas ayudaba en el laboratorio, era importante “echarle imaginación”; esto es, saber qué y dónde buscar, a sabiendas de que las fechas y los lugares, muy a menudo, resultaban ser claves:

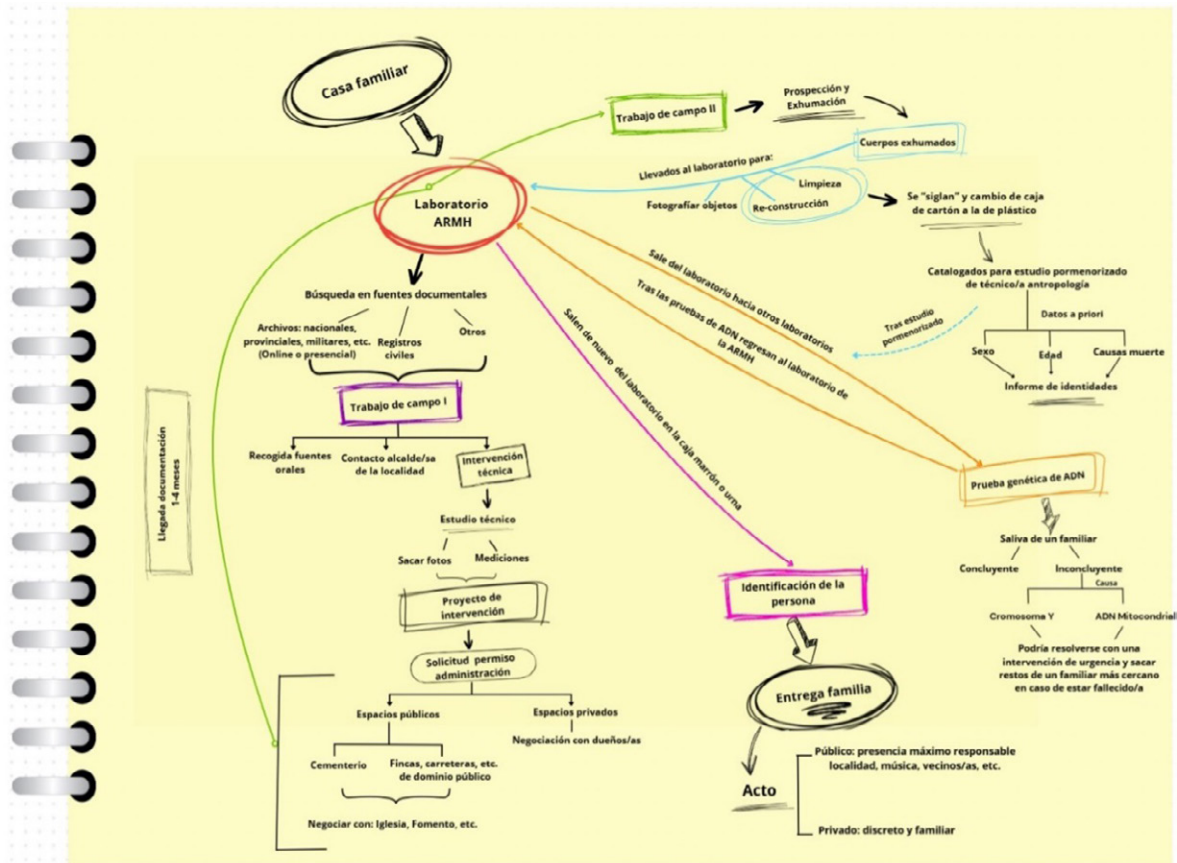
De fuentes documentales, por ejemplo, tenemos los registros civiles, que registran las muertes. A veces aparece ‘muerte por hemorragia interna o por disparo’. Después tenemos toda la documentación que hay en los archivos militares; por ejemplo, una persona puede haber tenido una causa judicial: se le hace un juicio sumarísimo y se le fusila o se le procesa. Si se le fusila, entonces buscamos dónde está fusilado, en qué sitio se le enterró, etc. Si tiene un proceso ya sabemos de qué se le acusa. En ese caso, quizás la persona sobrevivió, pero la estamos investigando como persona que estuvo presa y así la familia sabe de qué se le acusaba... (Historiadora voluntaria en el laboratorio de la ARMH, Ponferrada, enero de 2020).

En ese “echarle imaginación”, en el “seguir los papeles” y en el “juntar las piezas”, como decían, se establecían las conexiones que permitían, paulatinamente, arrojar luz sobre un caso. El archivo de la ARMH no solo recopilaba información, sino que producía sentido y significado; al combinar recuerdos familiares e investigación activista actuaba como una hoja de ruta que reorientaba la memoria colectiva y desestabilizaba la versión oficial de la historia (Appadurai, 2003)<sup>10</sup>. Pero ese camino no estaba libre de obstáculos. La búsqueda documental en los archivos conllevaba encontrarse con la ausencia de información, la inaccesibilidad de ciertos documentos o el silencio administrativo. El contenido del archivo estaba restringido por un poder institucional que autorizaba o no su consulta (Foucault, 1970; Derrida, 1996). En esta práctica paciente, lenta y no pocas veces inacabada, que obligaba al investigador a avanzar a tientas, se ensayaba también una suerte de “microhistoria” (Ginzburg, 2017), re-compuesta y re-contada a partir de pruebas e indicios concretos. Así, el archivo funcionaba como un depósito de materias primas con las que confeccionar colectivamente, muchas veces a partir de detalles minúsculos y hasta entonces desatendidos, las historias subalternas de las personas desaparecidas, de los/as “olvidados/as”, que formaban parte –a pesar de sus décadas de silencio– de la historia política y

<sup>9</sup> Esa memoria familiar, que durante tanto tiempo estuvo oculta(da) y silenciada, pasaba ahora a ser una memoria colectiva; es decir, una memoria pública no restringida a la privacidad del hogar, en la que diferentes familias se reconocían al compartir historias similares de dolor, desconocimiento y espera (Halbwachs, 1925).

<sup>10</sup> Esta producción archivística es de suma importancia. Por un lado, con ella constatamos el poder y la política que atraviesan cualquier archivo. Por otro, descubrimos cómo el movimiento memorialista, una vez más, se anticipa a los poderes públicos y les marca el camino. En este caso, las tareas de archivo realizadas durante años en el laboratorio tuvieron sus efectos en la Ley 20/2022 de Memoria Democrática. En su artículo 27, para facilitar a los interesados las tareas de localización de las víctimas, se garantiza “el derecho al acceso libre, gratuito y universal a los archivos públicos y privados”, recogiendo que “cualquier persona tendrá derecho a consultar íntegramente la información existente en los documentos que acrediten o puedan acreditar su condición de víctimas, pudiendo consultar también los datos personales de terceros que puedan aparecer en dichos documentos con independencia de la fecha de los mismos”. Véase: <https://mpt.gob.es/memoria-democratica/archivos-estatales.html>.

Figura 1. Mapa-resumen de los desplazamientos que atraviesan al laboratorio en la reconstrucción de un caso. Fuente: Elaboración propia.



cultural de la España reciente. En el pequeño gesto de lectura, en el dato que llama la atención en el borroso documento, en aquel detalle de la fotografía doblada, en una nota al margen de la historia, lo concreto condensaba las memorias de años y familias enteras, y permitía reconstruir el contexto de muerte y desaparición de las víctimas. Era así que, en su quehacer, el laboratorio producía su propio archivo de la memoria. Un archivo que recomponía la historia oficial y ayudaba a las familias, y a la sociedad en general, a rellenar –con pruebas, nombres, restos y rostros– los olvidos y las ausencias. Frente a la experiencia de “buscar y no encontrar” –como ocurre en ocasiones en las exhumaciones– (Douglas, 2021), el archivo se esforzaba por completar y localizar. Así, frente al “archivo de la represión” franquista (Villalta, 2023), que funcionaba como una máquina de clasificación para la vigilancia y el control social, y que ponía nombre a los “enemigos” –a los “malos españoles”–, la ARMH creaba un archivo que devolvía significado y dignidad a las víctimas. Si el archivo, en tanto práctica, no solo recoge, sino que también produce la realidad (Foucault, 1970), configurando qué se puede decir o recordar y qué no, allí la historia se archivaba de nuevo, para contarla de otro modo.

En el laboratorio, el archivo de la memoria se creaba a través de otros archivos<sup>11</sup>; o dicho de otro

modo, la labor de archivado, efectuada al indagar en múltiples fuentes documentales –físicas y digitales– tomaba forma al moverse entre distintos archivos, conectándolos a través de cada caso. Las solicitudes y toda la documentación había que gestionarla y guardarla en estanterías físicas y en carpetas digitales. Esta circulaba, a ritmos cambiantes, entre las casas de las familias, el laboratorio e instituciones como juzgados y ayuntamientos. A veces, un caso se extendía durante años. Por ejemplo, en nuestra estancia, un día “entró” información nueva de un caso de Ferrol abierto en 2009, lo que denotaba una temporalidad lenta, imprevisible y hecha de esperas en la búsqueda e identificación de los/as desaparecidos/as. El tiempo no era lineal ni singular, sino el resultado de una trama de tiempos plurales e interdependientes (Puig de la Bellacasa, 2017; Hristova Dijkstra, 2021): el del personal experto, el de personas voluntarias, el de las familias, el de la investigación, el del personal funcionario, el de los objetos, el de la legislación, o el tiempo mismo de la historia. Esta superposición de tiempos se producía dentro del laboratorio tanto como a la hora de hacer las exhumaciones, produciendo así cierta imprevisibilidad. “Cuando llegan los permisos –nos comentaba el vicepresidente– se realiza la prospección y la exhumación. En esa fase, los plazos pueden ir de uno a cuatro meses...”.

No obstante, antes de la llegada de los permisos, una vez reunida la información y tramitadas las solicitudes, el caso quedaba “en espera”, o “pendiente”, como decíamos antes. A continuación, se redactaba un informe para la familia, informando de los

<sup>11</sup> Estos eran archivos estatales repartidos por el territorio español: militares, históricos, nacionales, provinciales, registros civiles, etc. O archivos que surgían de proyectos participativos como la plataforma “Todos los nombres”. Véase: <https://todoslosnombres.org/>

pasos seguidos y de los resultados obtenidos hasta la fecha. En cada caso, el expediente de la persona desaparecida se guardaba por orden alfabético en una carpeta (en un archivo), según el lugar en el que había desaparecido. Así, el laboratorio de la ARMH albergaba multitud de prácticas y tareas. En palabras del propio vicepresidente: “Es un laboratorio de análisis de restos esqueléticos pero va mucho *más allá*, desde centro de trabajo, biblioteca, almacén...”. Esta heterogeneidad, junto a la diversidad de actores que le daban sentido, era también un rasgo que señalaba Emilio Silva:

Es un laboratorio que tiene muchas más cosas, que tiene otros servicios. Es un sitio donde se limpian restos humanos, donde cada cierto tiempo va un forense a estudiarlos. Y luego allí hay gente atendiendo familiares, hay tres personas que están contestando correos, llamadas telefónicas, pidiendo documentos a archivos (...) De ahí se sacan pruebas de ADN que mandamos al equipo argentino de antropología forense, que nos hace algunas pruebas gratis. Nos sirve también como lugar de divulgación porque nos visitan institutos y universidades extranjeras, y vienen forenses de fuera de España –de Portugal, de Inglaterra– a ayudarnos. (Emilio Silva, presidente de la ARMH, Ponferrada, enero de 2020).

Y llegado el momento, el laboratorio se desliza del papel a la tierra. Una vez recibidos los documentos con la aprobación administrativa pertinente –de parte de ayuntamientos, iglesias y dueños/as de fincas, entre otros– había que salir al lugar donde se creía que podía estar la persona desaparecida. Tal y como lo describía la arqueóloga, su infraestructura móvil adoptaba a veces una forma parecida a la de un hospital de campaña:

En algunos casos en los que se requiere un análisis de campo urgente se habilita un laboratorio para que el forense trabaje al mismo tiempo que se están sacando los cuerpos. Esto se ha llevado a cabo en casos como el de Guadalajara, para avanzar trabajo y realizar alguna identificación de urgencia. (Técnica en arqueología en el laboratorio de la ARMH, Ponferrada, enero de 2020).

En estos casos excepcionales, la infraestructura provisional del laboratorio sale a la luz pública, dejando atrás, por un momento, su condición de “región escénica” trasera en las luchas por la memoria (Goffman, 2009), y haciendo visible una “estética forense” (Dziuban, 2011) que habitualmente permanece oculta. Sin embargo, según lo entendía la historiadora, las labores de análisis seguían siendo un misterio para las personas que se acercaban a pie de fosa: “A veces –nos decía– la gente cree que este trabajo es como el de los enterradores, que llegan, pican, sacan los huesos y luego los meten en una bolsa”. Pero la fase de exhumación no era el punto y final del proceso: había que ir del papel a la tierra y de la tierra de vuelta al laboratorio. De alguna manera, la exhumación funcionaba como un ritual de tránsito (Turner, 1988), un punto de inflexión entre las etapas más burocráticas de pre-exhumación y las fases más técnicas de post-exhumación. En cualquier caso,

este desplazamiento nos recordaba a aquel otro de Pasteur, ya mencionado (Latour, 1983). Aquí, el laboratorio de la ARMH se movilizaba en la búsqueda de su propio “bacilo”: los restos de las víctimas de la Guerra Civil y la Dictadura franquista. Una vez que, cuidadosamente, eran halladas las evidencias –tanto óseas como no orgánicas (objetos personales)–, estas se registraban, se documentaban, se extraían del subsuelo y, a continuación, eran transportadas a Ponferrada.

De vuelta al laboratorio, lo primero era limpiar y retirar la tierra o el barro adheridos a los huesos. Después se reconstruían anatómicamente<sup>12</sup>. Dada su experiencia, conseguían diferenciar a simple vista las fracturas y causas de la muerte, pero nunca daban testimonio de ellas; esa labor le correspondía al forense en su informe pericial. Intuitivamente, sin la certeza que brindaba un análisis de ADN, el personal técnico sabía discernir (o “leer”) los restos. Con expresiones precisas basadas en su hacer experto, llegaban a diferenciar elementos como la edad, distinguiendo los casos de personas muy jóvenes (“falta de osificación de algunas partes del cuerpo”) o de personas mayores (“artrosis”, “falta de piezas dentales”). Una vez que los restos se limpiaban y se reconstruían, eran siglados y se renovaban las bolsas. A continuación, se trasladaban de la caja de cartón –usada para el transporte desde la fosa a Ponferrada– a una caja de plástico, donde permanecían hasta su análisis en el laboratorio. Estos análisis esclarecerían las causas de la muerte y eran efectuados por antropólogos/as forenses, vinculados/as en ocasiones al Programa de Doctorado en Biomedicina y Ciencias de la Salud de la Universidad de León. Su tarea consistía en descifrar las huellas de la muerte anónima, en una suerte de “arqueología del terror” que se confronta con la violencia específica de la desaparición forzada de personas y la deshumanización de sus restos (Huffschmid, 2015). Su práctica oscilaba entre huesos sin nombre y nombres sin cuerpos.

De pronto, el laboratorio cambiaba. La llegada de las cajas de cartón y plástico transformaba el espacio, visual y emocionalmente. La labor administrativa –el “papeleo”– pasaba a un segundo plano, y los huesos y objetos ocupaban el centro de la acción. Aquellas fundas de plástico apiladas una encima de la otra, como un archivo abierto e inacabado, encontraban ahora su correlato material: los restos que, una vez identificados, se convertían en la evidencia que completaba los documentos facilitados por la familia.

Esta apertura simultánea de fundas, archivos y cajas nos remite al marco teórico propuesto al inicio de este artículo. Si la primera generación de estudios CTS buscaba abrir la “caja negra” del quehacer científico (Latour y Woolgar, 1986), la segunda generación reveló otras problemáticas –sociales, culturales, políticas– intrínsecamente conectadas (Hess, 2001). En el laboratorio de la ARMH, ambas dimensiones coexisten: nuestra etnografía ha permitido

<sup>12</sup> Esta tarea consiste en disponer sobre una superficie plana, generalmente una mesa, cada hueso hallado en la fosa. Los huesos son ordenados conforme a la forma del esqueleto, para posteriormente poder ser “leídos” y obtener así su perfil biológico. Esta última tarea forma parte del trabajo técnico que realizan los antropólogos forenses.

comprender el trabajo científico cotidiano y, al mismo tiempo, visibilizar cuestiones como el olvido, la violencia política, la Memoria Democrática, la justicia social y la deuda histórica. Lo social, lo cultural y lo político atraviesan constantemente este espacio –simbólica y materialmente—. Desde las inscripciones en la pared que preguntan si no hay justicia para estos crímenes, hasta las palabras de la historiadora –quien dice buscar una "(pre)cura" a la enfermedad social del olvido—, el laboratorio de la ARMH entrelaza las tareas y los anhelos de familiares, científicos/as y activistas en la lucha por la memoria.

Al sacarlos de las cajas, los restos óseos llevaban impresas las huellas de la violencia. Los fusilamientos habían intentado borrar el cuerpo, desapareciéndolo durante décadas bajo tierra. En sus marcas, emergían ahora historias de dolor. El rastro de los disparos y los impactos de bala compartían protagonismo con cortes de navaja o de cuchillo en las costillas, o con brazos rotos y fracturas hechas "ante-mortem", las cuales evidenciaban el sufrimiento y las torturas padecidas. Técnicamente, de cara a la identificación final, el procedimiento estaba muy pautado, tal y como lo describía la arqueóloga del laboratorio:

Nosotros recogemos la muestra (un fémur, una muela, un trozo de cráneo) y la mandamos a través de valija al laboratorio [de Antropología Forense en Argentina o el de Antropología Física de la Universidad de León, con los que en ocasiones colaboran]. Allí proceden a pulverizar la muestra para hacer el análisis y la extracción del perfil genético. El siguiente paso será contrastar con la muestra de saliva que previamente extrajimos de un familiar. No vale la muestra de cualquier familiar, por lo que se realiza con anterioridad un estudio de compatibilidad a través del árbol genealógico. (Técnica en arqueología en el laboratorio de la ARMH, Ponferrada, enero de 2020).

Al ser hallados en la fosa los huesos carecen de identidad, de nombre, emergen entremezclados. Una vez que llegan al laboratorio y se van reconstruyendo, re juntando y analizando, aquellos restos van ganando poco a poco una identidad. La identidad de la persona desaparecida, aquí, no se define *a priori* sino que aparece como el resultado emergente de una búsqueda y una producción colectiva de evidencias: una recomposición múltiple hecha entre familias, activistas, archivistas y científicos/as. Es precisamente esta actuación coral, junto a la cualidad generativa de sus prácticas –coordinadas en tiempos y espacios diversos—, la que permite finalmente establecer la identidad de la víctima (Mol, 2002). Así, aunque otros indicios –objetos personales, testimonios familiares, registros documentales— contribuyen al proceso de identificación, es la prueba de ADN la que confirma definitivamente la identidad de las víctimas, consolidando el paradigma del "giro forense" (Ferrándiz y Robben, 2015). Con ella, los huesos –que hasta entonces parecían iguales— recobran la identidad social que un día les fue arrebatada, y el cuerpo reaparece en su forma esquelética para recuperar su nombre y su rostro, elementos claves de la biografía personal (Le Breton, 2002).

En el lenguaje de las familias, el momento de la identificación –que culminaba con la devolución de los restos— les permitía "cerrar el duelo". En la expresión de Emilio, nieto de fusilado, la ausencia corpórea de los desaparecidos les otorgaba, durante años, una suerte de "presencia fantasmal":

Parece que son fantasmas porque no tienen una tumba, no se habla de ellos. Tienen un certificado de nacimiento, han dejado unos hijos, pero es como si se hubieran evaporado... Y cuando aparecen sus restos y después se identifican por ADN (...) entonces la recuperación del cuerpo mata al muerto, porque ha sido un medio muerto, porque no estaba del todo muerto. (Emilio Silva, presidente de la ARMH, Ponferrada, enero de 2020).

Para Emilio y para tantas otras personas, la recuperación e identificación de los cuerpos permite cerrar un capítulo de incertidumbre en su historia familiar. Tras décadas de espera, dolor y silencio, recuperar los restos de sus seres queridos les permite, en cierto modo, estar en paz con su memoria. Sin embargo, las experiencias son diversas: mientras para algunas familias la identificación supone el cierre de una etapa, para otras –como el propio Emilio— constituye el punto de partida de un compromiso activo con el movimiento memorialista. No obstante, en la larga y compleja lucha por la memoria, muchas no llegan a tiempo de despedirse y de cerrar esa herida. La abuela de Emilio, fallecida dos años antes de que su marido fuese exhumado de la fosa común de Priaranza del Bierzo, había esperado en vano toda una vida. Aun así, ella nunca había perdido la esperanza: "Antes de morir compré un panteón en un cementerio de su pueblo y le puso arriba los apellidos de mi abuelo. Aún tenía esa fijación de que él tenía que estar ahí".

Como hemos visto, la lucha por la memoria emerge en el laboratorio de la ARMH como una acción compleja y multiparticipada: entrelazada entre archivos y laboratorios, activada o detenida según las circunstancias, llevada a cabo por actores y objetos diversos, siempre inacabada. Tras recorrer archivos y fosas, desdibujando la frontera entre el interior y el exterior del laboratorio, un caso se cierra cuando los restos regresan a las familias. En una caja marrón (denominada a veces como "urna" o "ataúd"), los restos de la persona desaparecida son entregados a sus familiares (Imagen 2). En ocasiones, en ese viaje, harán una parada previa en un acto público y reivindicativo rodeados/as de sus familiares, vecinos/as, activistas y autoridades locales, entre otros. Actos que son tan diversos como el propio origen de la víctima, y que varían según las convicciones familiares, la ideología, etc. (Ferrándiz, 2014). De ahí, partirán finalmente a su último destino: la casa familiar o el cementerio municipal. Este recorrido –de la fosa al laboratorio, del laboratorio a la familia, de la familia al cementerio— configura lo que podríamos denominar "necrodesplazamientos": itinerarios repartidos en los que los vivos movilizan a los muertos. A través de cajas de plástico y de cartón, los cuerpos exhumados son desenterrados, analizados, identificados y finalmente devueltos a sus familiares, quienes determinan su destino definitivo.

Imagen 2. Caja marrón (urna) con los restos de la persona ya identificada y a la espera de regresar con su familia. Fuente: Elaboración propia.



## 6. Conclusiones: el laboratorio como infraestructura social

En nuestro artículo hemos desarrollado una etnografía en/desde el laboratorio de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica. Con nuestro trabajo, hemos intentado arrojar luz sobre una infraestructura que, siendo fundamental en la lucha por la memoria, había permanecido en un segundo plano respecto a las exhumaciones a cielo abierto, más visibles y mediatizadas. Nuestro análisis revela que, mientras el laboratorio de la ARMH sostiene el activismo memorialista –más visible en las manifestaciones públicas o en las exhumaciones de fosas comunes– ha de ser a su vez sostenido, a menudo a través de acciones frágiles, precarias e invisibilizadas. A través de su labor cotidiana, entrelazada entre esperas, silencios y aceleraciones, entre picos de acción y largos procesos administrativos, el laboratorio funciona como una “infraestructura social”, es decir, un espacio público y relacional que propicia el encuentro y favorece relaciones que tienden a dignificar a las personas y a reforzar la cultura democrática de una sociedad (Klinenberg, 2021). Conforme a la propuesta de Klinenberg, una infraestructura social suele ser abierta e inclusiva y tiende a reforzar los lazos colectivos por la vía del fomento de las interacciones para recomponer las sociedades fragmentadas en las que vivimos. Así, infraestructuras públicas como bibliotecas y parques, o espacios como las aceras de la ciudad –que, en las condiciones adecuadas, favorecen el encuentro y el intercambio ciudadano– conformarían un ecosistema diverso y accesible de infraestructuras sociales. En este caso, nuestro trabajo permite comprender una infraestructura como la del laboratorio de la ARMH no como una cosa, un sistema o un resultado ya dado de antemano, sino como un proceso complejo, emergente y colaborativo que habilita formas específicas de acción y que se va componiendo a partir de la confluencia de múltiples actores (Graham y McFarlane, 2015).

En concreto, se trata de una infraestructura social que no solo recompone a una sociedad marcada por una deuda y un olvido históricos, sino que va más allá. Su función es unir y “restaurar”: huesos, casos,

historias, memorias, documentos, heridas, e incluso, otras infraestructuras como son los archivos y las bibliotecas. Estas últimas ocupan, como hemos podido observar, una posición central en el quehacer rutinario de esta entidad. Su trabajo parece apuntalar la creación de un archivo contrahegemónico (Foucault, 1970) que resignifique a las víctimas y que se convierta en una alternativa a los archivos de la represión –de “los malos españoles”– (Villalta, 2023). Al mismo tiempo, el laboratorio de la ARMH crea una biblioteca de la memoria y saca a la luz ejemplares –muchos inhallables en las grandes bibliotecas nacionales– que ponen de manifiesto los episodios de violencia política y terror que han asolado a miles de personas en nuestro país. Podemos interpretar estas acciones para democratizar la(s) historia(s) como una contestación crítica e imaginativa del movimiento memorialista a las ausencias detectadas, en esta materia, en la Ley de Memoria Democrática, a la vez que marcan el camino y la agenda institucional por la memoria.

Este laboratorio, en tanto que restaura, también produce. Por un lado, la apertura de un caso actúa como un eje vertebrador y productor de conexiones entre diferentes agentes: personas, archivos, administraciones, laboratorios, etc., necesarios para poder llevar a cabo su trabajo. A su vez, articula una red de vínculos y afectos a través del movimiento tanto dentro como fuera de él: el viaje de documentos, emails, relatos, huesos u objetos hace emerger un transitar constante entre el papel y la tierra. Con el desplazamiento del laboratorio hacia fuera, a las fosas comunes, se busca hallar un bacilo –los cuerpos de los asesinados– *à la Pasteur* (Latour, 1983) y generar una “(pre)cura” frente al olvido social y el dolor de las familias. Entre el ir y venir –del laboratorio al campo y de este de nuevo al/los laboratorio(s)– aparecen de forma recurrente cajas de diferentes materiales. En su interior, restos óseos y objetos aguardan ser “leídos” y analizados para devolverles la identidad de la que fueron desprovistos. A medida que esos casos y cajas se abren también lo hacen otras. Durante nuestra estancia, pudimos observar cómo el laboratorio –en su práctica activista y científica– se asemeja más bien a una “caja gris”, al ser un espacio visible, transitado y sostenido por una variedad de actores. Al mismo tiempo, en el marco de los estudios de Ciencia, Tecnología y Sociedad, las cajas de variedad de colores –vinculadas a distintas problemáticas sociales y que empezaron a abrirse en los estudios de segunda generación (Hess, 2001)– también lo hacen en este laboratorio con sus propias reivindicaciones memorialistas. Por ello, en este artículo hemos reflexionado y propuesto, a partir de nuestra experiencia en el campo, la posibilidad de situar al laboratorio de la ARMH como un híbrido que articula las dos generaciones de estudios CTS.

En definitiva, la vida de este laboratorio –al ir *más allá* de su forma, estructura y práctica– nos hace pensarlo como una infraestructura social *donde* tiene lugar la producción de memoria. El laboratorio de la ARMH es una infraestructura de la memoria en tanto que ésta no se presenta –como ocurre en los llamados “lugares de memoria” (Nora, 2008)– como algo detenido en el tiempo, fijo y petrificado, sino como un proceso vivo, dinámico, contingencial y actuado. En el laboratorio, la memoria se construye

como infraestructura: se ensambla, se conecta, se moviliza e inmoviliza, se disputa. No es algo que ya venga dado, sino que ha de hacerse colectivamente en un juego entre el hacer desaparecer y el hacer (re)aparecer. De este modo, la memoria que se hace y se moviliza va a la par de una concepción de la infraestructura no estática sino dinámica y en constante cambio, sostenida por medio de la circulación (de gentes, ideas, datos, materiales, recursos...) y siempre a medio camino entre la visibilidad y la invisibilidad, necesitada de reparaciones, ajustes y una ingente tarea de coordinación y sincronización (Sopranzetti, 2017). En esta composición y articulación colectiva, la comunidad involucrada (familias, científicos/as, activistas, etc.) tiene un papel activo, tejiendo entre sí las relaciones que le son propias a las infraestructuras sociales, intercambiando información y saberes sobre arqueología, burocracia, genética o archivos, y haciéndose cargo del sostenimiento de la lucha por la memoria. Esta producción colectiva y situada de saberes y de pruebas de memoria también halla su camino en la vía institucional, donde progresivas leyes se van aprobando como efecto del trabajo ciudadano.

Más allá de las fosas comunes, el laboratorio de la ARMH sostiene al activismo memorialista a través de redes de acción y producción de memoria que contestan el olvido y el silencio. El poder encontrarlos/as e identificarlos/as, el poder reunirse y despedirse, el poder cerrar las heridas abiertas, son acciones que empoderan a la sociedad, la cual encuentra en el laboratorio una infraestructura social en la que hacer justicia, (pre)curar, dignificar y poner en el centro el dolor de tantas familias ignoradas durante años. Nuestro trabajo permite entender cómo la memoria y el conocimiento histórico se producen a partir del encuentro de actores diversos, al interior de un proceso complejo donde la producción de conocimiento científico se entrelaza y se alimenta tanto de saberes e historias familiares como de la búsqueda activista de justicia y reparación. Así como las exhumaciones sacan a la luz la historia ocultada, el trabajo en el laboratorio efectúa la “exhumación” del conocimiento histórico –una “exhumación archivística” (Douglas, 2021)– a través de su trabajo en los archivos, su colección de testimonios y la recuperación de información y documentos que, de otro modo, no quedarían registrados. En su práctica cotidiana, este laboratorio nos hace ver cómo el conocimiento es una red cuyos distintos puntos y actores se retroalimentan. Así, el trabajo forense no se llevaría a cabo sin la información recabada de las familias, ni las víctimas serían recuperadas e identificadas sin la combinación del saber popular con la pericia tecnocientífica. El laboratorio de la ARMH, en suma, ensambla e infraestructura la memoria al tiempo que nos habla de esos lugares donde confluyen etnografía y activismo que, lejos de los focos, movilizan la acción social en la presente lucha por la memoria.

## 7. Bibliografía

Appadurai, Arjun (2003). “Archive and Aspiration”, in J. Brouwer & A. Mulder (Eds.), *Information is Alive: Art and Theory of Archiving and Retrieving Data*. Rotterdam: NAj Publishers, 14-25.

Audiencia Nacional, Juzgado Central de Instrucción nº 5 (2008). Auto [Iniciando diligencias por desapariciones forzadas ocurridas entre 1936 y 1951]. Instructor: Baltasar Garzón. Disponible en: <http://www.latinreporters.com/espagneGarzon-FrancoLorca16102008M.pdf> [Consulta: 10-02-2025].

Bevernage, Berber y Colaert, Lore (2014). “History from the grave? Politics of time in Spanish mass grave exhumations”. *Memory Studies*, 7(4): 440-456.

Bourdieu, Pierre (2000). *Los usos sociales de la ciencia*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Burke, Peter (2011). “Historias y memorias: un enfoque comparativo”. *ISEGORÍA. Revista de Filosofía Moral y Política*, 45: 489-499.

Cañedo Rodríguez, Montserrat y Allen-Perkins, Diego (2023). “En la vibración del acontecimiento: temporalidad eventual y activismo político”. *Política y sociedad*, 60(1), e76064. <https://doi.org/10.5209/poso.76064>

Comas-d'Argemir, Dolors (2019). “Cuidados y derechos: El avance hacia la democratización de los cuidados”. *Cuadernos de antropología social*, (49): 13-29. <https://doi.org/10.34096/cas.149.6190>

Derrida, Jacques (1996). *Archive Fever: A Freudian Impression*. Chicago: University of Chicago Press.

De Kerangat, Zoé (2023). *Remover cielo y tierra: las exhumaciones de víctimas del franquismo en los años 70 y 80*. Granada: Comares.

Diz, Carlos (2023). “Métodos experimentais e xiro colaborativo: a etnografia itinerante nunha sociedade in/mobilizada”. *Revista Andaluza de Antropología*, (25): 29-52. <https://doi.org/10.12795/RAA.2024.i25.02>

Douglas, Lee (2021). “Buscar, pero no encontrar: la producción del conocimiento histórico en un mundo de ausencias”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos [En ligne], Questions du temps présent*. <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.84053>

Dziuban, Zuzanna (2011). “Introduction: Forensics in the Expanded Field”, in Z. Dziuban (Ed.), *Mapping the 'Forensic Turn': Engagements with Materialities of Mass Death in Holocaust Studies and Beyond*. Viena: New Academic Press, 7-35.

Estalella, Adolfo, y Sánchez-Criado, Tomás (2016). “Experimentación etnográfica: infraestructuras de campo y re-aprendizajes de la antropología”. *Disparidades. Revista De Antropología*, 71(1): 9-30. <https://doi.org/10.3989/rdtp.2016.01.001.01>

Federici, Silvia (2010). *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Fernández de Rota, A. (2023). “Paul Rabinow y la antropología de lo contemporáneo”. *Disparidades. Revista De Antropología*, 78(1), e004. <https://doi.org/10.3989/dra.2023.004>

Ferrándiz, Francisco (2010). “De las fosas comunes a los derechos humanos: El descubrimiento de las desapariciones forzadas en la España contemporánea”. *Revista de Antropología Social*, 19: 161-190. Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/RASO/article/view/RASO1010110161A>

- (2014). *El pasado bajo tierra: exhumaciones contemporáneas de la Guerra Civil*. Barcelona: Anthropos.
- Ferrándiz, Francisco y Robben, Antonius (2015). *Necropolitics: Mass Graves and Exhumations in the Age of Human Rights*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- Ferreira, Miguel (2007). "Antropología de la ciencia. Una investigación autoobservacional del proceso de formación de los científicos". *Antropología Experimental*, 7: 39-62.
- Foucault, Michel (1970). *The Order of Things*. London: Routledge.
- Flores Martos, Juan Antonio (2019). "The Ethnographic Traveler: immersions, Encounters, and imaginings", en M. Bianet Castellanos (Ed.), *Detours. Travel and the Ethics of Research in the Global South*. Tucson: The University of Arizona Press, 52-71.
- Gatti, Gabriel (2011). "El lenguaje de las víctimas: silencios (ruidosos) y parodias (serias) para hablar (sin hacerlo) de la desaparición forzada de personas". *Universitas Humanísticas*, 72 (72). Disponible en: <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view>.
- (2011a). "De un continente al otro: el desaparecido transnacional, la cultura humanitaria y las víctimas totales en tiempos de guerra global". *Política y Sociedad*, 48(3): 519-536. [https://doi.org/10.5209/rev\\_POSO.2011.v48.n3.36419](https://doi.org/10.5209/rev_POSO.2011.v48.n3.36419)
- Ginzburg, Carlo (2017). *El queso y los gusanos*. Barcelona: Península.
- Goffman, Erving (2009). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gómez Sánchez, Gabriel Ignacio (2013). "Justicia transicional 'desde abajo': Un marco teórico constructivista crítico para el análisis de la experiencia colombiana". *Co-Herencia*, 10 (19): 137-166. <https://doi.org/10.17230/co-herencia.10.19.6>
- Graeber, David (2015). *La utopía de las normas: de la tecnología, la estupidez y los secretos placeres de la burocracia*. Barcelona: Ariel.
- Graham, Stephen y Colin McFarlane (eds.) (2015). *Infrastructural Lives. Urban infrastructure in context*. London y New York: Routledge.
- Guggenheim, Michael (2012). "Laboratizing and de-laboratizing the world: changing sociological concepts for places of knowledge production". *History of the Human Sciences*, 25(1): 99-118. <https://doi.org/10.1177/095269511142229>
- Gutman, Yifat y Wüstenberg, Jenny (2023) (eds.) *The Routledge Handbook of Memory Activism*. Londres: Routledge.
- Haraway, Donna (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reivindicación de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Halbwachs, Maurice (1925). *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos.
- Hepworth, Andrea (2023). "Memory Activism as Advocacy for Transitional Justice: Memory Laws, Mass Graves and Impunity in Spain". *International Journal of Transitional Justice*, 17(2): 268-285.
- Hess, David J. (2001). "Ethnography and the development of Science and Technology Studies", in Atkinson P; Coffey A; Delamont S; Loftland J. and Loftland L. (eds), *Handbook of Ethnography*. London: SAGE.
- Holmes, Douglas y Marcus, George (2008). "Collaboration Today and the Re-Imagination of the Classic Scene of Fieldwork Encounter". *Collaborative Anthropologies*, 1: 136-170.
- Hristova Dijkstra, Marije (2021). "Memory worlds: Reframing time and the past—An introduction". *Memory Studies*, 14(6): 1247-1257.
- Huffschild, Anne (2015). "Huesos y humanidad: antropología forense y su poder constituyente ante la desaparición forzada". *Athenea digital: revista de pensamiento e investigación social*, 15(3): 195-214. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenea.1565>.
- Iturra, Luis y Jirón, Paola (2016). "Siguiendo trayectorias, dibujando trayectos. Construcción de diagramas desde la experiencia de los habitantes". *Revista Aus*, 19: 4-9. <https://doi.org/10.4206/aus.2016.n19-02>
- Jasanoff, Sheila (2011). *Designs on Nature: Science and Democracy in Europe and the United States*. (Course Book ed.). Princeton: Princeton University Press. Disponible en: <https://muse.jhu.edu/book/36355>. [Consulta: 10-02-2025].
- Klinenberg, Eric (2021). *Palacios del pueblo: Políticas para una sociedad más igualitaria*. Madrid: Capitán Swing Libros.
- Knorr-Cetina, Karin (1977). "Producing and reproducing knowledge: descriptive or constructive? Toward a model of research production". *Social Science Information* 16(6): 669-696. <https://doi.org/10.1177/053901847701600602>
- (1981). *The Manufacture of Knowledge*. New York: Pergamon.
- Kopytoff, Igor (1991). "La biografía cultural de las cosas: La mercantilización como proceso", en Appadurai, A. (Ed.), *La vida social de las cosas: Perspectiva cultural de las mercancías*. México: Grijalbo, 89-122.
- Langa, Laura (2022). "Caminos de impunidad, Dignidad y desesperanza ante los mal llamados "falsos positivos" del estado colombiano", en Benítez Jiménez, M. (ed.), *Todavía no: justicia, democracia y transición en América Latina*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 107-133.
- Latour, Bruno (1983). "Give Me a Laboratory and I will Raise the World", en K. Knorr-Cetina y M. Mulkay (eds.), *Science Observed: Perspectives on the Social Study of Science*. Londres: Sage, 141-170
- Latour, Bruno y Wolgar, Steve (1986). *Laboratory Life: The Social Construction of Scientific Facts*. Princeton: Princeton University Press.
- Le Breton, David (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva
- Lynch, Michael (1985). *Art and Artifact in the Laboratory*. London: Routledge
- Marcus, George (2001). "Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal". *Alteridades*, 11 (22): 111-127.
- Martín-Chiappe, María Laura (2019). "Fosas comunes de mujeres: narrativas de la(s) violencia(s) y lugares de dignificación". *Kamchatka. Revista de análisis cultural* (13): 271-297. <https://doi.org/10.7203/KAM.13.12439>
- Millett, Kate (1995). *Política sexual*. Valencia: Cátedra.
- Mol, Annemarie (2002). *The body multiple: ontology in medical practice*. Durham: Duke University Press.

- Nora, Pierre (2008). *Les lieux de mémoire*. Montevideo: Trilce.
- Pérez Guirao, Francisco Javier (2024). "De excavar con las manos a la impugnación política. Análisis comparativo de exhumaciones durante el franquismo, la transición y la democracia". *Política y sociedad*, 61(2). E88774. <https://doi.org/10.5209/poso.88774>
- Puig de la Bellacasa, María (2017). *Matters of care*. Mineápolis: University of Minnesota Press.
- Rabinow, Paul (2008). *Marking Time. On the Anthropology of the Contemporary*. Princeton: Princeton University Press.
- Sánchez Carrera, Paula (2020). *Memoria, cuerpos y objetos: una mirada al interior del laboratorio de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (Ponferrada)*. Trabajo de fin de Grado. Facultad de Sociología. Universidad de Coruña. Disponible en: <http://hdl.handle.net/2183/28473> [Consulta: 13-03-2025].
- Sopranzetti, Claudio (2017). *Owners of the map: Motorcycle taxi drivers, mobility, and politics in Bangkok*. Berkeley: University of California Press.
- Stephens, Neily Lewis, Jamie (2017). "Doing laboratory ethnography: reflections on method in scientific workplaces". *Qualitative Research*, 17(2): 202-216. <https://doi.org/10.1177/1468794116678040>
- Tejero Tabernero, Laura (2022). "Imposturas antropológicas y puntos de fuga: dilemas éticos, políticos y epistemológicos de una investigación en torno a la justicia transicional en el Perú". *Revista de Antropología Social*, 31(2). <https://doi.org/10.5209/ra.83945>
- Traweek, Sharon (1988). *Beamtimes and Lifetimes*. Cambridge: Harvard University Press.
- Tsing, Anna (2021). *La seta del fin del mundo. Sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas*. Madrid: Capitán Swing.
- Turner, Victor (1988). *El proceso ritual*. Madrid: Taurus.
- Villalta Luna, Alfonso M. (2023). "Una etnografía de un archivo de la represión franquista". *Disparidades. Revista de Antropología* 78(2): e022. doi: <https://doi.org/10.3989/dra.2023.022>
- Wershler, Darren; Emerson, Lori; y Parikka, Jussi. (2021). *The Lab Book*. Mineápolis: University of Minnesota Press.
- WGEID (United Nations, Working Group on Enforced or Involuntary Disappearances) (2014). *Report of the Working Group on Enforced or Involuntary Disappearances: Mission to Spain (23-30 September 2013)*, A/HRC/27/49/Add.1. Disponible en: <https://documents.un.org/doc/undoc/gen/g14/072/70/pdf/g1407270.pdf> [Consulta: 12-02-2026]